

COLONIZACIÓN INTERNA, CULTURA MATERIAL Y PODER EN EL IMPERIO INCA

Elizabeth DeMarrais*

“... Tawantinsuyu [el Imperio inca]... [fue] más una extensiva y complicada red de asociaciones que el aparente monolítico y llamativo aparato de poder descrito por los narradores en el siglo dieciséis” Pease (1982:190)¹

Fecha de recepción: 05/10/2012
Fecha de aceptación: 02/09/2013

RESUMEN

En este artículo se emplean perspectivas de la teoría postcolonial para entender la “experiencia discrepante” del personal imperial y de las poblaciones sujetas dentro del Imperio inca. El análisis de la cultura material revela procesos –que incluyen la aculturación, la emulación, la cooptación y la hibridación– que resaltan las variadas relaciones de poder existentes entre el estado inca y los grupos locales. Dependiendo en gran parte de la amenaza y la coerción, la ideología inca fue reforzada por un impresionante espectáculo visual de poder y habilidad logística. Aun así, el Imperio fue frágil y se deterioró rápidamente con el arribo de los españoles.

Palabras clave: teoría postcolonial – poder – incas – arqueología – Andes.

INTERNAL COLONIZATION, MATERIAL CULTURE AND POWER IN THE INKA EMPIRE

ABSTRACT

This article employs insights from postcolonial theory for understanding the “discrepant experience” of imperial personnel and subject populations within the Inka Empire. Analysis of material culture reveals processes –including acculturation, emulation, co-optation, and

* Churchill College y Departamento de Arqueología y Antropología, Universidad de Cambridge; Cambridge, Reino Unido. Email: ed226@cam.ac.uk

hybridization— that in turn highlight the varied nature of power relations between the Inka state and local peoples. Strongly dependent upon threat and coercion, Inka ideology was reinforced by an impressive visual display of power and logistical competence. Yet the empire was fragile; it deteriorated rapidly after the arrival of the Spaniards.

Keywords: *post-colonial theory – power – Incas – archaeology – Andes.*

INTRODUCCIÓN

En años recientes, la teoría postcolonial ha influido en la escolaridad clásica y ha llevado a la rectificación de conceptos como “romanización”². La visión de la romanización como una propagación constante y progresiva de una cultura monolítica está siendo reemplazada por una concepción más matizada de las interacciones entre los romanos y los grupos locales. Un incremento en la evidencia disponible, resultado de la acumulación de información proveniente de excavaciones sistemáticas, ha llevado la atención a la variabilidad de la cultura material existente en las provincias romanas. Para explicar este patrón los investigadores han resaltado diversos procesos sociales, incluyendo emulación (Millett 1990), aculturación (Slofstra 1983), innovación, cooptación e hibridación (Alcock 2000). Juntos, estos nuevos enfoques reflejan un creciente interés en evaluar los imperios antiguos y su expansión territorial desde el punto de vista de la lucha por el poder, la negociación y la componenda entre los diversos protagonistas: romanos y locales, elite y no-elite.

La romanización, desde este punto de vista, requiere que la evidencia arqueológica sea entendida en función de las intenciones y los objetivos de los actores sociales que, en virtud de sus posiciones sociales, tienen un acceso diferencial al poder y a los recursos. Nuevas corrientes teóricas reflejan los esfuerzos de los arqueólogos por dejar atrás los contrastes simples (por ejemplo, dominación vs. resistencia, o elite vs. no-elite) para desarrollar una imagen más matizada de las complejas realidades sociales y políticas del pasado. Mattingly (1997:135), siguiendo a Said (1993), ha desarrollado una concepción de esta “experiencia discrepante”:

Imperial discourse involved a complex interplay between the different aims and aspirations of the principal actors against a background of drastically unequal power relations ... [Researchers] would do well to explore the interplay of resistance and accommodation and the gradations of behaviour lying in between... That is what I would characterize as the discrepant experience of empire...

Aunque satisface teóricamente, la agenda de Mattingly plantea desafíos bien definidos para los arqueólogos. Uno de los objetivos de este artículo es precisamente considerar, en forma práctica, de qué manera los registros materiales de los imperios antiguos pueden ser aprovechados.

Otra dimensión del debate sobre la romanización implica en qué grado deben considerarse las políticas romanas como intervencionistas —es decir, como un conjunto intencional de estrategias de arriba hacia abajo (“*top-down strategies*”)— si consideramos que las políticas romanas mostraban menos intervención directa que, por ejemplo, las de imperios coloniales más recientes. Por lo tanto queda por esclarecer el grado al cual la romanización debería ser atribuida a acciones deliberadas o a un conjunto de políticas coherentes (Blagg y Millett 1990:3). El estudio de Millett (1990) de la Bretaña romana, por ejemplo, no atribuye la propagación de la cultura romana principalmente a las estrategias imperiales, sino a la mediación de las elites locales, quienes emulaban las costumbres y la cultura romana para lograr prestigio o poder. A su vez, los miembros de las clases subordinadas imitaban a las elites locales, generando así un proceso de “goteo” cuyo resultado final fue una distribución más amplia de los estilos romanos y de su cultura material.

Dada la abundancia de restos materiales –edificios, caminos, ciudades, estatuas e inscripciones– que se encuentran en un vasto territorio, es entendible que por mucho tiempo los eruditos clásicos hayan pensado en la romanización. Los procesos de aculturación, emulación e hibridación han tenido tiempo suficiente, a veces siglos, para tomar forma y han cambiado a lo largo del tiempo en respuesta a nuevas tendencias políticas que alteraron las circunstancias locales.

En contraste con el Imperio romano, la expansión inca se llevó a cabo durante poco más de un siglo y fue dramáticamente interrumpida por la llegada de los conquistadores españoles en 1532 d.C. Uno de los resultados de la limitada duración de la expansión inca es la distribución más variable y desapareja de la cultura material a lo largo de los Andes (Burger et al. 2007; Covey 2008). Aun teniendo en cuenta este tiempo restringido, existe poca evidencia arqueológica o documental que indique una política coherente de “incanización”. Los oficiales incas, como sus contrapartes romanos, enfrentaban problemas de comunicación, de mantenimiento de la seguridad y de administración de colonos dispares, pero las soluciones incaicas se diferenciaron, en algunos casos de modo significativo, de aquellas implementadas por los romanos. Este contraste es el punto de partida para considerar la experiencia discrepante de los colonos incas abordada aquí con referencia comparativa al registro romano.

PERSPECTIVAS SOBRE EL PODER

Un objetivo más de este artículo es argumentar que un análisis detallado de las relaciones de poder puede facilitar el entendimiento de esta experiencia discrepante. En la teoría arqueológica americana, las perspectivas de la “práctica” (Ortner 1984) junto con modelos de agencia (Dobres y Robb 2000) han llevado la atención a las luchas por el poder, la negociación por los conflictos de interés y la competición faccionaria como dinámicas centrales subyacentes a cambios sociopolíticos (Earle 1997; Feinman y Marcus 1998; Alcock *et al.* 2001). No obstante, el énfasis en el conflicto también ha llevado (como temió Ortner [1984:157] hace dos décadas) a los estudiosos a “perder de vista la cooperación y reciprocidad”. Los modelos de antiguos imperios han considerado al poder en términos desproporcionadamente negativos, por lo tanto, una visión más clara de la experiencia discrepante requiere primero corregir este desequilibrio.

Los conceptos de Foucault (1980, 1984) sobre poder y gobierno nos dan una perspectiva más amplia. Foucault reconoció que las sociedades no podrían funcionar si el poder fuera solo punitivo o represivo; para él, el análisis también debe considerar al poder como “una red productiva” de relaciones sociales (1980:119) para que sea visto como “un conjunto de acciones sobre otras acciones³” (1984:427). A la vez, gobernar implica estructurar “la posible área de acción de otros⁴” (1984:429) para que el ejercicio del poder involucre una “conducta” guiada.

Esta comprensión del poder facilita una perspectiva más amplia acerca de las interacciones políticas y sociales que caracterizaron las relaciones entre los antiguos estados y sus súbditos. Si los objetos materiales median las relaciones sociales, como hace tiempo propuso Mauss (1990), entonces un estudio detallado de los estilos imperiales revelará los diversos intentos del estado por comunicarse, dominar, persuadir, manipular o recompensar a sus vasallos. Los análisis de la variedad de los símbolos y estilos romanos en trasfondos coloniales han puesto énfasis en la naturaleza interactiva y de doble sentido de estos procesos. Para poder considerar las intenciones que yacieron detrás de estas actividades, es provechoso preguntarse cómo se articularon estas con distintas “formas” de relaciones de poder. A lo largo de este análisis utilizo la tipología de Wrong (1997). En su encuadre, las formas de poder se diferencian de acuerdo con los intereses y motivaciones de los actores sociales ubicados a cada lado de la relación de poder. Estas son vistas fundamentalmente como relaciones *sociales* (excepto en casos extremos de coerción); por lo tanto, coerción, simbolismo, propaganda e ideología, y autoridad legítima representan estrategias

bien definidas (con costos y efectos variables). Estas “formas” de poder provocarán diferentes respuestas de los subordinados, incluyendo muchas que yacen (como sugiere Mattingly) entre los extremos del acomodo y la resistencia.

Consecuentemente, una mirada más detallada a las “formas” de poder imperial y su implementación en trasfondos coloniales permite, por un lado, descubrir *cómo* se impuso y se elaboró el poder, pero también *de qué manera* responden los súbditos a las exigencias –y oportunidades– que suceden a la conquista. Mi estrategia es más equilibrada, comparable con la postura de Alcock (2000:224):

If comparative studies help to combat old, unhelpful myths, there remains the danger of new ones cropping up... For example, reacting to previous overly-uniformitarian views of the empire, one recent trend has been to seek out, and indeed to expect, great regional variations and tenacious local tendencies. This can slide toward an unwillingness to contemplate or even out-of-hand rejection of, any form of top-down models...

Por supuesto es muy difícil reconstruir las posturas y creencias de las personas del pasado. Sin embargo, es importante que los arqueólogos evalúen –usando la mayor cantidad de evidencia posible– cómo las actividades imperiales afectaron a los grupos indígenas. Debemos esperar encontrar una variedad de reacciones, ya que los individuos pueden –en momentos determinados– actuar por lealtad (hacia las elites locales o el personal imperial) o responder basados en un compromiso religioso o en una percepción de obligación moral o deber. Otras influencias incluyen temor a las sanciones o un deseo por recompensas (materiales o simbólicas) (Bell 1992:39). Los grupos en cuestión pueden resistir directamente y por la fuerza o, con más frecuencia, simplemente “tolerar” las demandas de un estado poderoso (Cowgill 1988). Finalmente, un enfoque realista de la experiencia discrepante debe anticipar que los proyectos o actividades imperiales de vez en cuando no logran los resultados deseados.

EL IMPERIO INCA

En los Andes, en las décadas posteriores al 1400 d.C., el Imperio inca se expandió por medio de la conquista militar y la diplomacia para llegar a ser, en aproximadamente un siglo, el gobierno más grande de las Américas prehispánicas. Los incas lograron la soberanía sobre más de 12 millones de personas y controlaron un área que se extendió desde el sur de Colombia hasta el centro de Chile y Argentina, a lo largo de los Andes (figura 1). En su máximo alcance, el Imperio incorporó más de 80 grupos étnicos, creando un complicado mosaico de diversidad étnica y lingüística (Lorandi 1992). El estado construyó una vasta infraestructura de caminos y asentamientos para conectar áreas dispares del Imperio. Su expansión muchas veces es comparada con la de Roma, a pesar de que existen diferencias importantes. La expansión incaica se llevó a cabo sin la ayuda de un lenguaje escrito, de animales de tiro⁵ o de transporte sobre ruedas y en la ausencia de un sistema de mercado bien desarrollado⁶.

Durante las primeras etapas de la expansión imperial, los emperadores incas se concentraron en conquistar nuevos territorios usando la fuerza. Más tarde enfocaron su atención en la consolidación de territorios y en el fortalecimiento de fronteras. Sus esfuerzos para controlar la seguridad interna y, en particular, la administración de su mano de obra llevaron a un reasentamiento extensivo dentro de los límites del imperio, que dio origen a una política de “colonización interna” (D’Altroy 1992:74). Una gran cantidad de grupos familiares –en algunos casos grupos étnicos enteros– fueron trasladados a nuevos lugares. Las justificaciones por el reasentamiento incluían la seguridad de los grupos rebeldes, con frecuencia reasentados y vigilados por grupos leales para así reducir

la probabilidad de insurrección. Además, debido a que el sistema de *corvée* formaban la milicia, construían asentamientos, depósitos, caminos y labraban las tierras estatales, los incas muchas veces trasladaban trabajadores, provisoriamente o de forma más permanente, para asegurarse de que la mano de obra estuviera disponible donde se la necesitara (Rowe 1946:269-70, 1982).

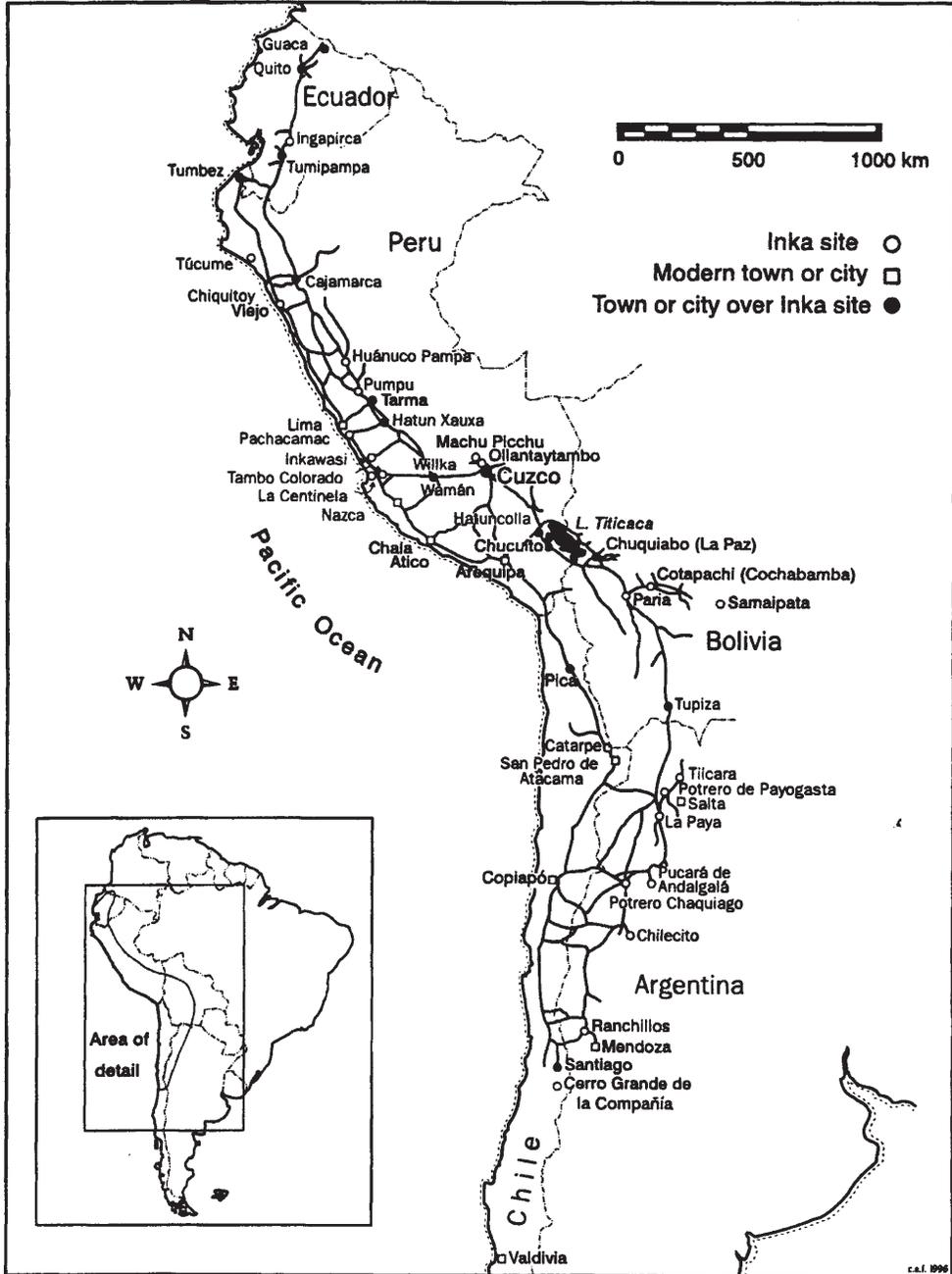


Figura 1. Mapa del imperio inca, mostrando sitios de importancia y la red caminera. Cortesía de T. D'Altroy y C. Flaherty

Considerando la información proveniente de cronistas españoles del siglo XVI, D'Altroy (2001:460) consiga algunas de las intenciones detrás de las actividades del estado:

Perhaps three to five million people out of a total population of about twelve million moved to new locales. Cobo (1979 [1653]:bk 2, ch 23, p. 189) wrote that, in principle, the Inkas selected six or seven thousand families from each province (of 20,000-30,000) to be resettled as part of their standard approach in new territories. Rowe (1982:107) has estimated that 10-80% of the population of individual provinces was resettled. The most renowned program moved entire communities hundreds of kilometers to create enclaves of internal colonists called mitmaqkuna ... [early sources] detail how particular groups of people were used to meet military, political, and economic ends... Another motive for resettling colonies arose from the Inkas' interests in claiming a divine mandate over the peoples of the Andes. That vision was given its most conspicuous form in the ethnic microcosm created around Cuzco, but the sanctuary that housed members of 42 ethnic groups at Copacabana, on Lake Titicaca, may have been designed for the same purpose...

D'Altroy (2002:248) comenta que “[ninguna] política estatal afectó el paisaje social andino más que el reasentamiento”⁷. Las relaciones entre el estado y los colonos se manejaban de diversas maneras, que incluyeron hospitalidad ceremonial, actos donde se intercambiaban obsequios, diplomacia y coerción. La gama de los banquetes inca y otros actos de entrega de obsequios fueron lo suficientemente impresionantes como para llevar a un cronista del siglo XVI como Garcilaso de la Vega, a ver al estado como una antigua manifestación de un estado socialista. Lo veía como “benévolo y paternal, a la vez capaz de garantizar una paz social que algunos llamaron socialismo [a través de actividades redistributivas] y de reprimir brutalmente a la oposición”⁸ (Pease 1982:183).

La diplomacia inca era “una combinación persuasiva de amenazas de destrucción para aquellos que se resistían e incentivos para los que accedían”⁹ (D'Altroy 1992:75; Bauer 1992). El castigo para aquellos colonos reasentados que volvían a sus territorios consistía en tortura tras la primera violación y muerte tras la segunda (Cobo 1979:206). Como dice D'Altroy: la existencia del segundo castigo nos da clara evidencia de repetidos actos de resistencia (*op. cit.* 2002:236).

DANDO UNA IMPRESIÓN: COERCIÓN Y AMENAZA

Tanto para los incas como para los romanos, las conquistas militares daban una expresión inicial y unívoca de la capacidad del estado para imponer sus demandas sobre una población súbdita. El cronista Cieza de León (1984[1553]:Cap. 53) registra que los informes de las impresionantes victorias del emperador Pachakuti en las regiones del lago Titicaca llevaron a miembros de otros grupos étnicos a viajar a Cuzco para rendirse ante los incas sin luchar.

Como los costos de abastecer un ejército son altos, la intervención militar es más efectiva como un elemento disuasivo que como un medio para promover acciones deseadas (Wrong 1997) y por estas razones, las amenazas son tan importantes como la implementación de la fuerza militar. Luttwak (1976:3) claramente reconoció este punto en su análisis de militarismo romano:

the Romans clearly realized that the dominant dimension of power was not physical but psychological –the product of others' perceptions of Roman strength rather than the use of this strength–...

A la larga, las amenazas tal vez tengan mayor alcance y, al final, más influencia en las relaciones con grupos súbditos que el uso de fuerza coercitiva y las amenazas se acentúan *no*

mediante una inversión proporcionalmente mayor en los métodos físicos para la violencia (Luttwak 1976:192), sino a través de acciones e imágenes. Por lo tanto, las amenazas dependen tanto de la *comunicación* eficaz como del uso de la fuerza para respaldar la amenaza.

Los incas dependían mucho de la comunicación de las amenazas a través de una variedad de formas, que incluyeron ceremonias, castigos severos a grupos o individuos rebeldes, e impresionantes despliegues que materializaron las asimetrías de poder (DeMarrais *et al.* 1996). La corte real en Cuzco llevaba a cabo dramáticos festivales para celebrar sus triunfos militares. Los generales exitosos eran recompensados con comidas y bebidas suntuosas y también con textiles finamente tejidos y objetos hechos con oro, plata o piedras preciosas¹⁰. Los rituales de la cosecha y plantación de maíz que la nobleza incaica llevaba a cabo en Cuzco también mostraban la estrecha relación que existía entre la guerra y el poder del emperador. Estos ritos comúnmente hacían referencia a orígenes míticos y, mediante recreaciones, los mitos literalmente se traían del pasado para reafirmar su validez en el presente. Bauer (1996:331) señala que:

Within the corn rituals of Cusco the ruling Inca stood as a majestic figure. He alone had the power to defeat and capture the reproductive powers of nature for society. Thus he was the first to ritually break the earth...

Luego de la conquista inicial de un grupo étnico, uno de sus señores era enviado a Cuzco para ser detenido como rehén y así evitar una rebelión. Además, el objeto religioso local más sagrado era llevado a Cuzco, donde también se lo tenía como rehén (Cobo 1892[1653], Vol. 3, Bk. 12, cap 22:221). La presencia en Cuzco de estos señores y de sus iconos sagrados aseguraba la buena conducta de los grupos sometidos (MacCormack 2001:428-9).

Lejos de Cuzco, los elementos del paisaje, especialmente los caminos, simbolizaban las conexiones entre territorios y materializaban la amenaza de una rápida represalia por parte del ejército en caso de rebelión. Aunque los arqueólogos destacan con frecuencia el simbolismo de los “paisajes de poder”, se ha dado menos dedicación a la comprensión de cómo los ambientes edificados, además de facilitar la vigilancia y el monitoreo de los súbditos, transmiten amenazas. El estudio realizado por Hingley (1997:90) de las capitales *civitas* en la Bretaña romana examina su papel como instrumentos de control social. Retomando Foucault, sostiene que estos asentamientos facilitaban a la elite el seguimiento del ritual, el control de recursos y hasta el monitoreo de la vida diaria de los habitantes. Sugiere que por debajo de las imágenes de aparente prosperidad y bienestar, ciertos aspectos de la vida en estas capitales pudieron haber sido experimentados por sus habitantes como opresivos y amenazantes. En el caso de los incas, las perspectivas de Foucault permanecen en gran parte inexploradas, aunque sostenemos (DeMarrais *et al.* 1996) que los caminos incaicos consolidaban la advertencia de una rápida reacción en caso de rebelión.

Aunque algunas amenazas consistían en mensajes generalizados dirigidos al pueblo en conjunto, otros mensajes apuntaban a individuos. A los señores locales, designados en puestos administrativos dentro de la jerarquía inca, se los amenazaba con la remoción inmediata si su lealtad o sus habilidades entraban en cuestión (Rostworowski 1999:148). También, frecuentemente, los privilegios y honores presentados a individuos llevaban un fuerte trasfondo coercitivo. Las *aqllakuna* (las mujeres elegidas) eran seleccionadas entre las hijas de las elites provinciales por el estado. En los Andes, tradicionalmente, las mujeres de la elite eran tejedoras de las más finas telas, el más valuado de todos los artículos elaborados a mano y preparaban *chicha*. Las niñas elegidas para servir al emperador eran separadas de sus hogares de muy jóvenes y apropiadas por el estado; se les otorgaba un estatus elevado y se les enseñaba a tejer. Muchas *aqllakuna* continuaban sirviendo al estado de esta manera, mientras que otras se transformaban en víctimas de sacrificio. Otras eran entregadas como esposas a un hombre en recompensa por su servicio ejemplar. Costin (1998:135) observa que:

we cannot underestimate the political significance of the act of the state appropriating the productive and reproductive potential of the daughters of former rulers, taking from conquered elite households the creators of wealth (as weavers) and producers of heirs and attaching them symbolically to the household of the emperor.

El elevado estatus dado a las *aqllakuna* dependía literalmente del precio de su libertad. Ya que ningún costo comparable era exigido a los especialistas artesanos masculinos, es claro que, por lo menos para ciertos individuos, las diferencias de género afectaban la experiencia discrepante del imperio.

Aunque las amenazas eran una base eficaz para el control incaico de la élite local así como también de los colonos, eran menos útiles para el soberano en Cuzco, donde las ceremonias –que pretendían persuadir en vez de amenazar– eran el momento para negociar con los miembros de los ayllus reales como ha sostenido MacCormack (2001:432):

Outside Cuzco, the Inca's will was law, enforceable by warfare. Within Cuzco, on the other hand, the Inca's will was law only to the extent that he could persuade the royal lineages to accept it as such, and the same was true of his view of past and future. Within Cuzco, acceptable means of enforcement, as far as the available information goes, seem not to have gone much beyond ceremonial ones...

Una situación distinta encontramos en las colonias distantes donde la importancia de la amenaza y de la coerción no se puede menospreciar. Las repetidas victorias sobre grupos rebeldes, las ceremonias dramáticas y los castigos ligeros e inmediatos para aquellos que se resistían eran los principios básicos de la política inca. Pero, como se argumenta en las siguientes secciones, la amenaza y la coerción, fueron instrumentos insuficientes para gobernar. Es improbable que las amenazas aseguren más que una “aceptación pragmática”, la situación en la cual un “individuo accede porque él [o ella] no percibe otra alternativa¹¹” (Mann 1970:425). Es más, ya que –como se mencionó anteriormente– las amenazas y la fuerza militar son más efectivos para prevenir acciones que para propiciarlas, los estados deben desarrollar e implementar otros medios de comunicación y de negociación para inculcar lealtad y crear incentivos para la obediencia.

EL PODER MANIFIESTO

La logística y la infraestructura que sustentaba al ejército inca y sus movimientos proporcionaron evidencia tangible de la preparación del estado para sofocar cualquier rebelión. Del mismo modo, el soberano se rodeaba de riqueza con el fin de alegar un mandato divino para gobernar. Cada vez que salía el emperador, montaba una litera dorada rodeada de los emblemas del sol y de la luna y de otros símbolos sagrados. Semejantes despliegues garantizaban que “el soberano inca... estuviera tan exaltado por encima del resto de la humanidad que nadie se atrevía a mirarle la cara o aparecer ante él sin llevar una ofrenda¹²” (MacCormack 2001:424). Este estado divino se mantenía tanto en la vida como en la muerte, tal como se ve en el dibujo de Guaman Poma (1980 [<http://www.kb.dk/elib/mss/poma/>, p.379]) de Wayna Qhapaq siendo llevado a Cuzco luego de su muerte (figura 2).

Otros aspectos de la cultura material –especialmente la arquitectura monumental– cumplían con los objetivos de comunicación. La arquitectura señalaba la presencia inca en territorios alejados, anunciaba la capacidad de organización del estado e imponía orden sobre el paisaje. Los incas llamaban a su imperio Tawantinsuyu, “la tierra de las cuatro cuartas”, un nombre que refleja como veían su organización. Cuzco era el centro del imperio (Garcilaso de la Vega 1983[1609],



Figura 2. Ilustración del cronista del siglo XVI Guaman Poma de Ayala mostrando el cuerpo del emperador Wayna Qhapaq siendo llevado de Quito a Cuzco

Pt. 1, Bk.2, Cap 11:93-94) y un complicado sistema de líneas radiantes (el sistema de *zeque*) expresaba y ordenaba las relaciones entre grupos corporativos, sus tierras y el cosmos (Zuidema 1964, 1983; Hyslop 1990). Cuando los grupos eran reasentados dentro del área que rodeaba al Cuzco, se organizaban para crear, en la capital, un microcosmo de la organización territorial del imperio como un todo (Espinoza Soriano 1987:320). La geografía física y sagrada eran elementos que se entrelazaban, modelando un paisaje cultural cuidadosamente construido en los alrededores de la capital y en su interior.

Monumentos y arquitectura inca

Los mensajes simbólicos expresados por los edificios incaicos y por los rasgos del paisaje eran múltiples y repetitivos; muchos de estos, realizados a gran escala, fueron diseñados para asombrar. Los eruditos reconocen cada vez más que el análisis del poder no puede depender *solamente* de una apreciación de los aspectos racionales de los pensamientos y las acciones humanas. Más bien, debemos reconocer que los rituales y el arte (y la arquitectura) de los antiguos estados fueron deliberadamente diseñados para ser

compelling. They use various means to arouse, capture, and hold attention. Both are fashioned with the intent to affect individuals emotionally –to bring their feelings into awareness,

to display them. A large part of the compelling nature of rituals and art is that they are deliberately nonordinary (Dissanayake 1995:46, énfasis en el original).

Trigger (1993) observa que gastos abundantes en despliegues simbólicos, edificios lujosos e iconografías religiosas eran comunes a las civilizaciones en todo el mundo antiguo. La presencia ubicua de estas actividades sugiere que tuvieron un importante impacto *afectivo*. Cowgill (1993:57) destaca que, más allá del pensamiento racional, las acciones humanas son moldeadas por “tendencias no-racionales”; ya que, los seres humanos “viven emociones y tienen creencias morales que muchas veces influyen...acciones, y [los individuos] muchas veces... actúan sin pensar, o por costumbre o impulso¹³”. Sin embargo, llamar a estas tendencias “no-racionales”, no significa que sean irracionales. Cowgill se refiere cuidadosamente a vivencias que tienen sentido en un contexto determinado, pero que, tal vez, no sean fácilmente sujetas a análisis.

Llevando el debate un paso más allá, Wilson (1988:132) sostiene que un monumento muestra no solo un poder ilusorio, sino un poder real –en sus palabras– *el poder hecho visible*. Un monumento comunica la existencia concreta y física de capacidades colectivas y organización, como así también propiedades estéticas que reflejan maestría en el diseño y la interpretación artística. Es el resultado final de la planificación, la coordinación del trabajo y la organización de recursos, a veces a gran escala. En resumen, un monumento demuestra capacidades.

Los incas sobresalieron entre los antiguos estados andinos por su planificación, por sus construcciones monumentales y por haber creado –a nivel conceptual y físico– un universo organizado¹⁴. Al igual que la guerra, los mitos incaicos le daban considerables poderes al soberano. Se decía que la reconstrucción de Cuzco, por ejemplo, era un acto creativo emprendido por Pachakuti para darle un hogar a la nobleza inca (MacCormack 2001). La escala y la gama de las actividades constructivas, junto con los banquetes y los grandes festivales eran impresionantes. Kus (1989) ha interpretado tales actos –“pan y circo”– como evidencia repetida de la aptitud administrativa que da constancia inequívoca a los subordinados de que los beneficios tangibles (tales como recursos, seguridad, y protección) vienen directamente del estado. Un buen ejemplo de este último punto son los enormes complejos de almacenamiento estatales:

it was the storehouses, prominently on view on the hills above the Inka installations, that assured that the workers would be fed wherever they were needed (Morris 1993:44)

Los incas construyeron estructuras monumentales de mampostería de piedra finamente canteada alrededor de Cuzco mismo, pero a la distancia la monumentalidad era expresada mediante la construcción de enormes plazas en los centros administrativos, las cuales se usaban para los banquetes. En Huánuco Pampa, en la sierra central de Perú, una enorme plaza que mide 547 x 370 metros domina el lugar (Morris y Thompson 1985). Este trazado estándar, que incluía una plaza con una plataforma central y grandes estructuras rectangulares por los bordes, era repetido en emplazamientos incaicos desde el centro de Argentina hasta Ecuador. El sitio de Potrero de Payogasta en el valle Calchaquí, Argentina, muestra la cuidadosa exportación de las doctrinas arquitectónicas incas a una provincia distante y marginal, a más de 1500 km al sur de Cuzco (figura 3).

Los mensajes expresados en la arquitectura y en los caminos eran francos y directos. Sin embargo, su distribución por el imperio era dispar. Alfarería fina y arquitectura, los artefactos incas más abundantes y mejor preservados, se presentan juntos en concentraciones notables solamente en tres regiones fuera de Cuzco. Estas incluyen la costa sur de Perú, donde el estado estableció una relación comercial colaborativa con los Chíncha; el Lago Titicaca, una zona rica en recursos económicos con un santuario importante; y por último, las regiones de Quito/Cuenca en Ecuador, donde estaba emergiendo una segunda capital. Los informes de los cronistas refuerzan la evidencia arqueológica que refleja el valor estratégico y económico de estas regiones (Hyslop 1993:344).

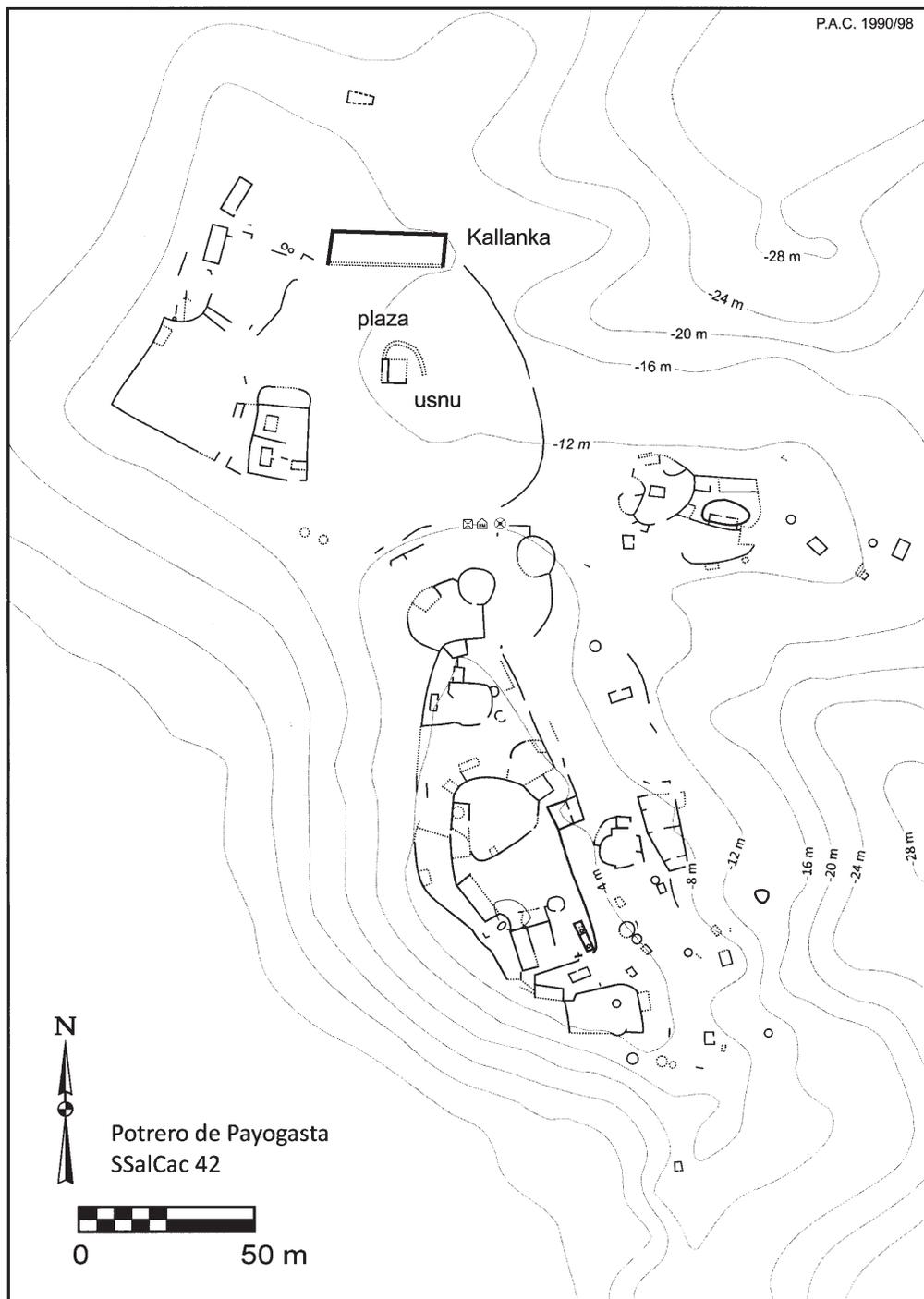


Figura 3. El centro administrativo inca de Potrero de Payogasta en el valle Calchaquí en el noroeste de Argentina. El diseño de la plaza, la plataforma *usnu* y el edificio rectangular *kallanka* (en el sector norte del sitio) son típicos de sitios incaicos en todas partes del imperio.

Mapa por E. DeMarrais, K. Pratt, y C. Heyne

Sin embargo, en la mayoría de los territorios restantes, la arquitectura inca era menos prominente y la alfarería del estilo imperial era escasa. D'Altroy (2002:253) observa que, por ejemplo, “curiosamente, hay poca evidencia material de la soberanía inca fuera del gran centro y caminos (cerca de Huánuco Pampa)”¹⁵. A lo largo de la costa norte de Perú, otra zona de importancia económica, fue construida poca arquitectura en el estilo imperial. Estos patrones sugieren que, aunque la arquitectura tenía diversos papeles funcionales y simbólicos, las decisiones sobre la construcción implicaban consideraciones tácticas y estratégicas, en vez de seguir una amplia y trascendente política de incanización.

Doctrinas arquitectónicas incas en comunidades locales

En algunas comunidades locales, la arquitectura refleja la emulación por parte de la elite de las doctrinas incaicas. En el valle de Yanamarca, en la sierra central de Perú, la conquista impuso una paz regional que les permitió a los habitantes trasladarse a las cercanías de las mejores tierras de cultivo agrícolas (Earle *et al.* 1987; D'Altroy y Hastorf 2001). La investigación (DeMarrais 2001) de la arquitectura local indica que las localidades como Marca, construidas durante la dominación incaica (como así también la localidad de Hatunmarca del período preincaico, pero remodelada durante el incario), tenían mayores áreas destinadas a las actividades públicas. Los edificios públicos en ambos lugares incorporaron características incas, incluyendo trazados rectilíneos de los pisos y nichos trapezoidales. En ambas localidades, los edificios residenciales también incorporaron algunas de estas características (figura 4), la más notable es el cambio de los trazados circulares (o en forma de D) de los pisos por un diseño rectangular. Morris y Thompson (1985:138-143) mencionan un patrón similar en Ichu, no muy lejos de Huánuco Pampa, donde un importante líder local al parecer construyó varias estructuras siguiendo un trazado de piso rectilíneo. Otro ejemplo de emulación, los señores locales de la región del lago Titicaca, quienes eran tradicionalmente sepultados en chullpas (torres de piedra), comenzaron a incorporarles fina mampostería de estilo incaico (Hyslop 1990:248). La presencia de características imperiales en la arquitectura doméstica y en las estructuras para los entierros sugiere que la gente local (seguramente elites) intentaba imitar los diseños imperiales.

Los incas también imponían su propia huella arquitectónica en algunas comunidades locales. Secciones de la arquitectura inca fueron construidas dentro de asentamientos locales que existían al sur de imperio, como revela DeMarrais (1997) en un estudio del valle Calchaquí (Argentina). Por lo menos en dos comunidades locales se han entrometido sectores incas. Una es el sitio local (Guitián - SSaCac 2) que fue modificado para poder incluir una plaza con plataforma central y una *kallanka*. La otra comunidad es Cortaderas Derecha (Acuto 2010), que tiene una plaza central con una estructura rectangular en el centro.

Finalmente, algunos lugares importantes en la costa centro-sur muestran una arquitectura híbrida que mezcla estilos de construcción inca con estilos locales. El caso de La Centinela, un sitio local modificado para incorporar características arquitectónicas incas, condujo a Morris (1998:296-7) a sugerir que la arquitectura servía como un “indicador sensible” de la pacífica coexistencia y colaboración que existía entre los incas y los Chíncha. Por eso, el trazado y la arquitectura de los lugares eran –para los incas como así también para las elites locales– un medio flexible con el cual señalar las relaciones de poder, afirmar una presencia física y anunciar afiliaciones políticas. Para los arqueólogos, los mismos edificios dan un índice útil de la variada naturaleza de las respuestas locales a la presencia imperial. La adopción de estilos incaicos tal vez sea una de las mejores medidas arqueológicas de la emulación por parte de las elites provinciales. Del mismo modo, la construcción de sectores intrusivos incaicos en asentamientos locales sugiere la formación de un nuevo tipo de relación política, aunque tal vez esta haya sido impuesta en

vez de negociada por el estado. Los estilos arquitectónicos híbridos que emergieron de la zona Chíncha demuestran que la arquitectura también era un medio eficiente para materializar una relación política colaborativa.

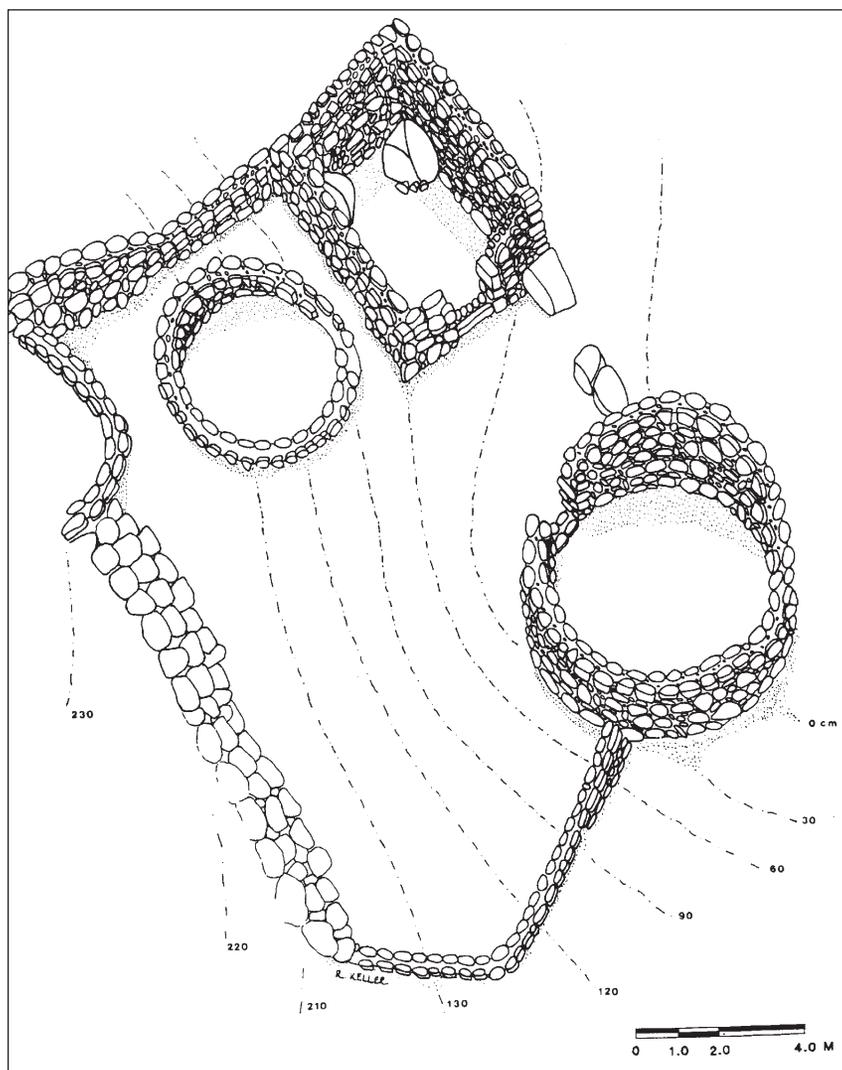


Figura 4. Dibujo de un “grupo de patios” residenciales locales del sitio de Marca mostrando la incorporación de una estructura rectangular junto a dos estructuras circulares. Dibujo por R. Keller

PROPAGANDA E IDEOLOGÍA

Un examen detallado de la propaganda y de la ideología es esencial para considerar la experiencia discrepante del imperio, porque estos fenómenos formaron las actitudes y las percepciones de los poderosos oficiales incas y también de sus subordinados. La propaganda consiste en el discurso, arte o escritura formulados con la intención de influenciar actitudes (Marcus 1992:10).

A su vez, la ideología es “un sistema, o por lo menos una amalgama, de ideas, estrategias, tácticas, y símbolos prácticos para promover, perpetuar o cambiar un orden social y cultural; en breve, son ideas políticas en acción”¹⁶ (Friedrich 1989:301). Ambas, la propaganda y la ideología, representan los intereses del estado desproporcionadamente por encima de los intereses de los subordinados; las ideologías dan “bases lógicas para la acción” (Wolf 1999:280) que refuerzan las jerarquías y legitimizan el derecho del estado a extraer tributo o imponer las leyes.

La ideología y la propaganda implican comunicación y mensajes diseñados para convencer a los súbditos de que sus posiciones subordinadas son naturales, inevitables y permanentes. Sin embargo, a diferencia del “poder hecho visible”, que más o menos proporciona un cuadro preciso de cuáles son las capacidades del estado, la ideología y la propaganda muchas veces conllevan la mala representación de la realidad política o social. Una ideología puede ocultar contradicciones (Leone 1984) o presentar convenciones sociales arbitrarias como si fueran naturales o eternas, incluso expresándolas en “términos míticos” para así “colocarlas más allá de la crítica” (Rappaport 1971:35).

Entonces, al ofuscar la realidad, la ideología y la propaganda median la resistencia (Miller y Tilley 1984:7). Más aún, ya que sus mensajes tal vez estén enmascarados u ocultos o sean indirectos (Wrong 1997), estas formas de poder son menos susceptibles a la resistencia abierta porque rara vez presentan a sus súbditos un adversario visible o claramente definido. La ideología y la propaganda operan a través de símbolos, mediante la manipulación de un entorno construido y a través del rito. Estos símbolos a veces son aparentes y obvios, ejerciendo influencia sobre los pensamientos conscientes y la actividad, pero también frecuentemente, son más sutiles en sus efectos. Indicios sutiles pero penetrantes en un entorno construido, por ejemplo, pueden influenciar el comportamiento inconsciente y hasta las rutinas de la vida diaria.¹⁷

El uso de la propaganda por parte de los incas fue evidente para un cronista español, Bernabe Cobo (1892[1653], Vol. 3, bk. 13, Cap. I: 302, traducido en Conrad y Demarest 1984:109), quien observa que:

The truth is that Inca religion did not remain fixed and unchanging from the birth of the realm onward; they did not cling to the same few beliefs or worship the same few gods... They were induced to make changes in [religious] matters because they began to realize that in this way they could strengthen themselves and keep the kingdom under tight control...

Aunque los incas no tenían una historia escrita, la manipulación de las genealogías reales y las narrativas orales, e incluso la alteración de la imagen de un soberano en particular eran prácticas frecuentes, como fue notado por Cieza de León (1967). La efectividad de la propaganda está confirmada aún más por la cuidadosa atención que se daba a estos asuntos por parte del personal imperial –así también como por el romano–. Whittaker (1997:153) describe cómo las regulaciones romanas establecían las dimensiones apropiadas para las estatuas del emperador que se colocarían en entornos coloniales, así también como numerosos detalles más del programa cultural.

Bienes portables, que se usaban para negociar relaciones con los individuos, dependían excesivamente de asociaciones ideológicas con el emperador que incrementaban su valor dramáticamente. Los obsequios se repartían en entornos ceremoniales como recompensas por lealtad, retribución por servicios y como indicadores de identidad o posición social. Estos bienes –especialmente metales y textiles elaborados– eran movilizados por artesanos que trabajaban bajo una cercana supervisión estatal.

Los incas también buscaban incentivar –a través de obsequios y honores– a selectos individuos para que desarrollaran nuevas identidades, lealtades, o vínculos con el estado. Como ha sostenido Rowe (1982:97):

The source of honor and privilege was the Inca government; the more closely a person was identified with the government, the greater was his or her chance of attaining the rewards available in the system...

El estado concedía títulos a los individuos; a algunos se les otorgaba el estatus de “incapor-privilegio”, mientras que a otros el de *yanakuna*, que eran individuos seleccionados entre las “mejores personas” de una provincia para servir al soberano (Santillán Par. 36; 1879:39 citado en Rowe 1982:99). A algunos *yanakuna* se les otorgaba posiciones administrativas. Los artesanos, por su parte, eran reasentados con frecuencia y se les entregaban tierras cultivables a cambio de su trabajo en los talleres del estado.

Había, entonces, incentivos ideológicos y económicos que eran extendidos a selectos individuos motivándolos a participar más en la cultura y la política inca. Los obsequios a los súbditos menos privilegiados también tenían un papel central en la diplomacia; el impartir regalos a los pueblos recientemente conquistados pretendía fomentar una relación andina tradicional de reciprocidad. Murra (1956) describe este proceso como “cebar la bomba”, un gesto que aseguraría los derechos del estado para reclutar mano de obra. El cronista Cieza de León (1967:74) también describe los obsequios que se daban a los colonos reasentados –incluyendo oro, plata, pulseras, telas, mujeres, y privilegios especiales– como una posible compensación por el desarraigo causado por el reasentamiento (D’Altroy 2002).

Todas estas actividades fomentaron una diseminación más amplia de la cultura material inca, pero estas expresiones simbólicas de generosidad y reciprocidad ocultaban la realidad de la explotación de la labor de sus súbditos por parte del estado. Tampoco debemos ver estas actividades como manifestaciones de una política coherente de incanización. Rowe (1982:94) resume este último punto:

We need not be very concerned over the degree to which the Incas tried deliberately to encourage cultural unification. Probably all imperial regimes consider some cultural unification administratively convenient, and a case can be made that the Incas shared this common view, particularly with regard to language. Some Inca policies, however, seem to have been designed to perpetuate local differences. My impression from much reading of sixteenth century sources is that cultural unification was probably not a primary goal of the Inca government. I am inclined to agree with Bernabé Cobo, who said of the Incas in 1653, ‘The whole foundation of their policy of government rested on the means designed to keep their people subject and deprive them of the zeal to revolt against them’ (Cobo Lib. 13, Cap. 1: 1890-5, vol. III: 302).

Otra variedad de políticas incas mantenía y hasta reforzaba las percepciones de diferencias étnicas y lingüísticas entre los grupos conquistados. Los cronistas describen los severos castigos que se les imponían a los súbditos que abandonaban sus trajes tradicionales o los adornos cefálicos. Rowe (1982) ha interpretado estas medidas de castigo como una forma de impedir el surgimiento de una cultura inca compartida entre los subordinados. La ausencia de una cultura, unas costumbres y un lenguaje compartido limitaban las oportunidades para la formación de alianzas contra el estado. En general, las políticas incas funcionaban para prevenir la formación de vínculos horizontales entre grupos súbditos, mientras que al mismo tiempo la propaganda y la ideología fueron diseñadas para fortalecer vínculos verticales que ligaban a los grupos subordinados con el estado.

AUTENCIDAD Y AUTORIDAD

En años recientes, los investigadores han sido escépticos acerca de hasta qué punto las ideologías son asumidas por los subordinados (Abercrombie *et al.* 1980; Scott 1992). Explorando alternativas, Brumfiel (2001) ha sugerido que las ideologías unen a determinados grupos de interés *dentro* de una sociedad (como artesanos o guerreros) pero que son menos exitosas para inspirar una fuerte lealtad entre el pueblo en general. Tal enfoque aplicado a los incas podría implicar que los mensajes dirigidos directamente a las multitudes no hicieron más que inspirar “una aceptación pragmática” o “una obediencia táctica”, mientras que los privilegios, honores e incentivos otorgados a los individuos fueron más efectivos para asegurar su lealtad.

Una evaluación de estas cuestiones implica una estimación de cuán exitosos fueron los incas en ejercer *una autoridad legítima*. En el encuadre de Wrong, la autoridad legítima es distinta de cada una de las formas de poder mencionadas anteriormente. La fuerza, la amenaza, el poder manifiesto, la propaganda y la ideología dependen para ser eficaces del *contenido* del mensaje (debe ser convincente). La autoridad legítima depende más bien del *origen* de un mandato; también presupone *valores compartidos*. Implica “una relación entre actores que cumplen o ‘interpretan’, roles sociales en vez de [una relación negociada] entre individuos”¹⁸ (Wrong 1997:50). Ya que implica relaciones sociales duraderas y tipos de liderazgo institucionalizados (Mann 1983:1031), la autoridad legítima es mucho más confiable que soluciones *ad hoc* (Wrong 1997:52).

La otra ventaja de la autoridad legítima es su eficacia. Ejercer autoridad es más barato que abastecer un ejército o distribuir retribuciones, incentivos o recompensas (Wrong 1997:52). Si un gobierno puede monopolizar significado, perspectiva global, o prácticas estéticas o rituales, usándolos para subscribir la práctica de la autoridad legítima, entonces tendría acceso a un considerable poder colectivo. Las percepciones de intereses compartidos, un sentido de obligación moral y hasta formas colectivas de identidad compartidas entre los soberanos y los grupos súbditos, pueden contribuir a la práctica de la autoridad legítima. Aunque los arqueólogos que siguen las nuevas tendencias teóricas han destacado los conflictos de intereses y luchas por el poder como dinámicas centrales en las sociedades pasadas, considero que estas perspectivas han ocultado otra realidad de las relaciones de poder (si recordamos las apreciaciones de Foucault). Cierta grado de consenso y aceptación de la autoridad legítima debe haber coexistido junto con elementos de discordia en los imperios antiguos.

Por ejemplo, la evidencia que existe de las masivas inversiones que se hicieron en símbolos e iconografía asociados con ideas religiosas por parte de oficiales incas y romanos sugiere que ambos imperios veían que una asociación cercana con lo sobrenatural era una base clave para la autoridad (Trigger 1993:75). También parece probable que las tradiciones sagradas, las ideas religiosas o las cosmologías hayan tenido una gran influencia sobre un número considerable de seguidores. Como ha sostenido Mann (1986:23):

People are not manipulated fools. And though ideologies always do contain legitimations of private interests and material domination, they are unlikely to attain a hold over people if they are merely this. Powerful ideologies are at least highly plausible in the conditions of the time, and they are genuinely adhered to...

Desde el punto de vista de Mann (1970:425), esta obediencia es importante porque implica la “aceptación normativa” de ideas promulgadas por sacerdotes o soberanos. En este caso, los subordinados interiorizan “...las expectativas morales de la clase dirigente” y ven como legítimas a sus propias posturas subordinadas.

Sin embargo, es difícil evaluar los efectos que tuvieron el culto y la ideología del estado sobre los colonos. En general, uno esperaría que símbolos muy visibles, redundantes o estandarizados

estén asociados con los mensajes o ideas religiosas más importantes. Aunque dichos símbolos son costosos, sus mensajes son más fáciles de descifrar y es menos probable que se malinterpreten (Clark y Parry 1990:295). Como se mencionó anteriormente, el Cuzco era resplandeciente por sus edificios, su diseño ordenado y también por sus festivales. Su templo principal, el Qorikancha, se distinguía por sus paredes de refinada mampostería de sillar, decoradas con láminas de oro. La religión inca concedía a su soberano una escritura sagrada para liderar, y los mitos y rituales recapitulaban las prácticas andinas tradicionales, incluyendo la veneración de los ancestros. El ritual de conservar a estos antepasados, incluyendo las momias de los difuntos emperadores, consolidaba los vínculos entre los ayllus reales y reafirmaba los derechos hereditarios de sus miembros.

La importancia simbólica de la arquitectura y del trazado de la ciudad de Cuzco, y en particular su papel como escenario para los rituales, encuentra fuertes parecidos en las descripciones de Roma y otras ciudades provinciales. Whittaker (1997:148; ver también Zanker [1988]) pone énfasis en las maneras en las cuales la religión y la política estaban unidas con el ritual, una observación tan pertinente a Cuzco como lo es para Roma:

The Roman city was literally stuffed with political imagery which was, like advertising, ubiquitous, inescapable, and subliminally absorbed... But the buildings and organization of space in the city were not merely images. The medium in this case was also the real message... The theatre, for instance, was not just a building for theatrical performances but a reproduction of the moral order of the city in symbolic form... In Rome the theatre and amphitheatre were the setting for a public re-enactment of power relations between rich and poor (Whittaker 1997:145-6).

Bajo el gobierno inca, los hijos de la elite provincial eran invitados con frecuencia a la capital, para aprender el idioma y las costumbres imperiales (Levillier 1940:132; Rowe 1982:95), pero el impacto de ser expuestos al esplendor de la capital y a sus símbolos de múltiples capas debe haber sido considerable.

Mientras que es posible imaginar que quienes disfrutaban de la dadivosidad de la corte real adoptaban sus ideales con mejor voluntad, resulta un desafío mayor explicar por qué aquellos de las zonas más alejadas, quienes nunca habían viajado a la capital, también pudieran considerar a la religión y al dominio incaico como legítimos. Es muy probable que esa legitimidad haya venido de dos fuentes principales. La primera fue la institucionalización de la hospitalidad ceremonial por parte del estado, y la segunda dependió de la habilidad de los oficiales incas para expresar el trabajo y las demandas en una ideología tradicional de reciprocidad.

Los banquetes yacían en el centro de las relaciones de los incas con los colonos.¹⁹ Con sus inmensas plazas centrales, “las ciudades administrativas incas fueron construidas para respaldar una visión de un domino basado en la entrega de obsequios y la generosidad por parte del soberano”²⁰ (Morris 1993:37). Morris (1985:481) también argumenta que “el aspecto saliente del control inca... era la amplificación de muchos principios de la reciprocidad andina de los pueblos”²¹. Los incas reclutaban mano de obra según los principios andinos largamente establecidos que gobernaban los derechos y las obligaciones entre los líderes y sus seguidores. Los individuos que trabajaban en proyectos patrocinados por la comunidad eran compensados tradicionalmente con hospitalidad. Al auspiciar suntuosos banquetes en instalaciones estatales, el estado estaba literalmente “ganando autoridad” (Morris 1985) directamente del pueblo, expresando una nueva relación política de explotación mutua en un modo corporativo. La tradición le dio coherencia y autoridad moral a las prácticas incas de una manera aludida por Giddens (1984:200), quién observó que “la tradición... representa el control moral de ‘lo que fue antes’ sobre la continuidad de la vida diaria”²².

Una vez más, el sexo de un individuo afectaba su acceso a la dadivosidad del estado. La evidencia obtenida de restos óseos de la región serrana central sugiere que los hombres concurrían

a los banquetes más que las mujeres, tal vez porque era más probable que los hombres sirvieran en el ejército o trabajaran en proyectos estatales. Los estudios de isótopos estables indican que luego de la conquista algunos hombres consumían mayor cantidad de comidas preferidas, incluyendo maíz (probablemente como *chicha*, la cerveza de maíz que se tomaba en los banquetes). Los valores para las mujeres sugieren niveles más bajos de consumo de estas comidas prestigiosas y, por inferencia, un acceso más limitado a la hospitalidad patrocinada por el estado (Hastorf y DeNiro 1985; Hastorf 2001).

Otra medida arqueológica de la intensidad y la importancia de los banquetes es la distribución de alfarería inca. Hyslop (1993:347) destaca la importancia central de alfarería distintiva, sosteniendo que:

In some places the Inkas could, and did, run an empire without their fancy settlement layouts, but they could not do it without the state hospitality, which required pottery that symbolized the state ...

De esta manera la alfarería señalaba la generosidad del estado. Mientras que alguna alfarería inca se encuentra en la mayoría de las provincias, las cerámicas más refinadas tienen una distribución más limitada. En un estudio de la producción alfarera provincial en el valle de Leche, Perú, Hayashida (1999) registró que los orfebres estatales volvían a entrenar alfareros locales selectivamente, en número suficiente como para asegurar suministros confiables de las vasijas distintivas (*aríbalos*) que se usaban en los banquetes. Entonces, la política del estado en esta región no sugiere una estrategia política de incanización; más bien, las élites locales seguían comisionando alfarería fina en el estilo local, lo que sugiere que los marcadores indígenas de estatus seguían siendo importantes a pesar de la imposición del dominio inca.

En otros lugares, las finas cerámicas incas normalmente se encuentran en los entierros o las viviendas de élites locales. Aun las élites que mantenían buenas relaciones con el estado tenían relativamente pocas vasijas en sus hogares. En los sitios de Marca y Hatunmarca (mencionados anteriormente) del valle Yanamarca, Perú, donde las élites locales estaban estrechamente vinculadas a los incas, las proporciones de este tipo de alfarería procedente de los contextos excavados de las viviendas raramente exceden el veinticinco por ciento (D'Altroy 2002). Más comúnmente, los alfareros locales imitaban las formas y estilos de la alfarería inca, produciendo un estilo híbrido difundido que combinaba características imperiales y locales (Figura 5). Estos estilos híbridos solo están ausentes en las regiones fronterizas, donde la presencia inca duró unas pocas décadas (Hyslop 1993:350).

¿Hasta qué punto fueron estos esfuerzos hacia la obtención de “aceptación normativa”? La evidencia actual sugiere que los esfuerzos de los incas para compeler lealtad y legitimizar la autoridad del estado tuvieron un éxito parcial. Por ejemplo, cuando llegaron los españoles en 1532, algunos súbditos imperiales, tal vez inspirados por los recuerdos de su relativamente reciente conquista por parte de los incas, se aliaron con los invasores extranjeros. Luego de una decisiva victoria de los españoles, se les ofreció a los colonos reasentados la chance de regresar a sus tierras ancestrales, y, nuevamente, la mayoría eligió hacerlo (Pease 1982:176-77). Finalmente, al terminar el dominio inca, sus centros provinciales en los Andes Centrales fueron rápidamente abandonados. Estos centros administrativos fueron en gran medida ciudades “artificiales”. Útiles como trasfondos dramáticos para banquetes a gran escala, pero situados a gran distancia de los centros locales de población y ocupados por personal administrativo temporal y transitorio, por lo cual estos asentamientos fueron abandonados voluntariamente a medida que la autoridad estatal decaía (Morris 1972).



Figura 5. *Aríbalo* de estilo híbrido del valle Calchaquí, Argentina, mostrando una mezcla de rasgos locales e incas

CONCLUSIONES

A pesar de que el imperio inca y el imperio romano compartieron elementos en común, (como un fuerte énfasis en el militarismo, vialidad, edificios y centros muy elaborados, y la proliferación de estilos cerámicos imperiales en provincias alejadas), también difirieron en forma importante. La expansión inca fue meteórica, interrumpida por la llegada de los españoles, mientras que el imperialismo romano se desarrolló durante un largo período. Sin escritura, los incas dependían mucho de distintivos símbolos materiales –especialmente arquitectura, textiles, y alfarería– para comunicarse con sus súbditos. Sin embargo, a pesar de este énfasis en la cultura material, no implementaron una política de “incanización” que pueda compararse con la “romanización” en sus diversas formulaciones.

El análisis de la cultura material y su distribución sugiere que aunque los incas inventaron nuevas formas de jerarquía, impusieron una religión estatal y crearon instituciones trascendentales de liderazgo, las relaciones del estado con sus súbditos en las provincias dependían mucho de formas tradicionales de autoridad, mediadas en gran parte por la hospitalidad ceremonial. En sus patrones globales de gobierno, el estado estaba “ampliando” las relaciones políticas más comúnmente asociadas con organizaciones de menor escala (Morris 1993:36-7).

La “experiencia discrepante” del domino inca variaba a lo largo del imperio. Todos los súbditos vivían bajo la amenaza de la fuerza y de castigos severos ante cualquier transgresión. Las habilidades logísticas y burocráticas de los incas se manifestaban en la ingeniería excesiva de los caminos, que materializaban las capacidades del estado para reprimir rebeliones y coordinar mano de obra a gran escala. A quienes se les otorgaba posiciones de autoridad dentro de la jerarquía inca se les daba incentivos financieros e ideológicos para su lealtad, incluyendo privilegios, acceso a tierras cultivables y bienes finamente elaborados o insignias políticas. El estado también promovía una ideología que acreditaba a los incas (y en particular a su soberano) con la creación de un universo físicamente organizado y que les daba un mandato divino para gobernar.

Cada una de estas estrategias –ritos y magnificencia, relaciones personales mantenidas a través de obsequios, recompensas y banquetes– generaba fuertes demandas sobre el estado (D’Altroy y Earle 1985). A lo largo del tiempo, mientras la calidad de los retenes se agrandaba, aumentaba la demanda de manutención y de bienes suntuarios. La conservación del sistema inca dependía de la intensificación de las finanzas básicas (para suministrar centros administrativos con comida para realizar festines y banquetes y para mantener a la burocracia) así como también de las de riqueza (el control de los artesanos por parte del estado para asegurar un suministro constante de artículos de valor). Murra y Morris (1976:276) han descrito el reasentamiento de los artesanos de esta manera:

Potters, weavers or smiths ... [were reorganized to] provide the benefits of mass production, under workshop conditions, which could fairly be compared with the ‘industrial’ establishments of Europe at the same time.

Estas actividades reflejan la importancia de las recompensas dadas a las elites locales y a otros seguidores. Sin embargo, parece claro, por su rápido deterioro luego de la llegada de los españoles, que el imperio inca era frágil. Su ideología dependía fuertemente de la amenaza y la coerción y estaba reforzada por un impresionante despliegue visual de poder y competencia logística. Sin embargo, estos mensajes parecen haber hecho poco para ganar el respaldo de aquellos ubicados en las zonas más alejadas. Finalmente, debido a la conquista española, nunca sabremos por cuánto tiempo las estrategias incaicas hubieran mantenido al imperio; no obstante su estudio contribuye a conocer la naturaleza de la experiencia discrepante de un imperio en la América prehispánica.

NOTAS

- ¹ ...*Tawantinsuyu [the Inka empire] ... [was] more a complicated and extensive network of relationships than it [was] the apparently monolithic and showy apparatus of power that the chroniclers described in the sixteenth century.*
- ² Estas ideas fueron desarrollados durante mi participación en un seminario en la Faculty of Classics, University of Cambridge, durante el año de 2001. Este artículo viene de un capítulo del libro *Ancient Colonizations: Analogy, Similarity and Difference*, editado por Henry Hurst y Sara Owen (Duckworth, Londres, 2005), con el título “A View from the Americas: Internal Colonization, Material Culture and Power in the Inka Empire”.
- ³ “*a set of actions upon other actions*”.
- ⁴ “*possible field of action of others*”.
- ⁵ La llama era una excepción; junto con la alpaca, era una fuente de carne y lana. Aunque la llama se puede usar como animal de carga, su capacidad se limita a unos 30 kg.
- ⁶ Como ejemplo de imperio antiguo el estado inca fue poco común por la aplicación del sistema de corveé y por los suntuosos banquetes a gran escala que servían como recompensa por sus trabajos (Morris 1985, 1998).
- ⁷ “*No state policy affected the Andean social landscape more than resettlement*”.
- ⁸ “*benevolent and paternal, simultaneously capable of guaranteeing a social peace that some called socialism [through redistributive activities] and of brutally oppressing the opposition*”.
- ⁹ “*a persuasive combination of threats of destruction for those who resisted and incentives for those who acquiesced*”.
- ¹⁰ Las amenazas formaban una íntegra parte de estas celebraciones; en una instancia, dos líderes Qolla, quienes habían encabezado una insurrección contra los incas, fueron despellejados y sus pieles usadas para armar tambores que se utilizaron en las celebraciones que siguieron a su derrota (Cobo 1892[1653], Vol. 3, Bk. 12, Cap. 14:169).
- ¹¹ “*individual complies because he [or she] perceives no realistic alternative*”.

- ¹² “the Inca ruler... was so far exalted over the rest of humankind that no one dared so much as to look at his face or to appear before him without carrying a gift”.
- ¹³ “experience emotions and hold moral sentiments that often influence... actions, and [individuals] often... act without thinking, either from habit or impulsively”.
- ¹⁴ MacCormack (2001:434) observa que para las poblaciones andinas contemporáneas “el definitivo orden social y político que las personas añoran es el de los incas. Que ellos fueron los creadores de tal orden era precisamente lo que los incas en su día intentaron de comunicar a sus súbditos”.
- ¹⁵ “intriguingly, there is little material evidence for Inca rule away from the grand center and roads (near Huánuco Pampa)”.
- ¹⁶ “a system, or at least an amalgam, of ideas, strategies, tactics, and practical symbols for promoting, perpetuating, or changing a social and cultural order; in brief it is political ideas in action”.
- ¹⁷ Siguiendo estos lineamientos, Bourdieu ha argumentado que “De todas las formas de ‘persuasión oculta’ la más implacable es la ejercitada, simplemente, por el *orden de las cosas*” (Bourdieu y Wacquant 1992:168).
- ¹⁸ “a relation between actors filling or “playing”, social roles rather than [a relation negotiated] between individuals”.
- ¹⁹ Los incas diferían de los romanos en sus implacables esfuerzos por mantener interacciones cara-a-cara con sus súbditos mediante fiestas; los romanos fueron más propensos a ignorar a los campesinos pobres y dejaron el control en manos de las elites locales (Whittaker 1997).
- ²⁰ “administrative cities were built to support a vision of rule based on gift giving and generosity by the ruler”.
- ²¹ “the salient feature of Inka control... was the amplification of many of the principles of Andean reciprocity from the village level”.
- ²² “tradition... represents the moral command of ‘what went before’ over the continuity of day-to-day life”.

BIBLIOGRAFIA

- Abercrombie, N., S. Hill y B. Turner
1980. *The dominant ideology thesis*. London, Allen & Unwin.
- Acuto, F.
2010. Living under the imperial thumb in the Northern Calchaquí Valley, Argentina. En M. Malpass y S. Alconini (eds.), *Distant Provinces in the Inka Empire*: 108-150. Iowa City, University of Iowa Press.
- Alcock, S.
2000. Heroic myths, but not for our times. En E. Fentress (ed.), *Romanization and the city: creation, transformation, and failures*. *Journal of Roman Archaeology*, Supplementary Series No. 38: 221-226.
- Alcock, S., T. D’Altroy, K. Morrison y C. Sinopoli
2001. *Empires*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Bauer, B.
1992. *The development of the Inca state*. Austin, University of Texas Press.
1996. Legitimization of the state in Inca myth and ritual. *American Anthropologist* 98: 327-337.
- Bell, J.
1992. On capturing agency in theories about prehistory. En J. Gardin y C. Peebles (eds.), *Representations in archaeology*: 30-55. Bloomington, Indiana University Press.
- Blagg, T. y M. Millett
1990. *The early Roman empire in the West*. Oxford, Oxbow Books.

Bourdieu, P. y L. Wacquant

1992. *An invitation to reflexive sociology*. Cambridge, Polity Press.

Brumfiel, E. M.

2001. Aztec hearts and minds: religion and the state in the Aztec empire. En S. Alcock, T. D'Altroy, K. Morrison, y C. Sinopoli (eds.), *Empires*: 283-310. Cambridge, Cambridge University Press.

Burger, R., C. Morris y R. Matos Mendieta (eds.)

2007. *Variations in the expression of Inka power*. Washington DC, Dumbarton Oaks.

Cieza de León, P.

1967. *El señorío de los Incas*, 2a. parte de la Crónica del Perú. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

1984 [1553] *Crónica del Perú*. Segunda parte. Ed. Francesca Cantu. Lima, Academia Nacional de la Historia, Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial.

Clark, J. y W. Parry

1990. Craft specialization and cultural complexity. *Research in Economic Anthropology* Vol. 12:289-346. Greenwich, CT, JAI Press.

Cobo, B.

1890-1895[1653]. *Historia del Nuevo Mundo*. Seville, Sociedad de Bibliófilos Andaluces.

1892 [1653]. *Historia del Nuevo Mundo*. Seville, E. Rasco.

1979 [1653]. *History of the Inca empire*, trans. Roland Hamilton. Austin, University of Texas Press.

Conrad, G. y A. Demarest

1984. *Religion and Empire: The dynamics of Aztec and Inka expansionism*. Cambridge, Cambridge University Press.

Costin, C.

1998. Housewives, chosen women, skilled men: Cloth production and social identity in the late Prehispanic Andes. En C. Costin y R. Wright (eds.), *Craft and social identity*: 123-144. Arlington, VA, Archeological Papers of the American Anthropological Association, No. 8.

Covey, R. A.

2008. The Inca Empire. En H. Silverman y W. Isbell (ed.), *Handbook of South American Archaeology*: 809-830. New York, Springer.

Cowgill, G.

1988. Onward and upward with collapse. En N. Yoffee y G. Cowgill (eds.), *The collapse of ancient states and civilizations*: 244-276. Tucson, University of Arizona Press.

1993. Beyond criticizing New Archaeology. *American Anthropologist* 95: 551-573.

D'Altroy, T. N.

1992. *Provincial power in the Inka empire*. Washington DC, Smithsonian Press.

2001. A view of the plains from the mountains: comments on Uruk by an Andeanist. En M. Rothman (ed.) *Uruk, Mesopotamia, and its neighbours: cross cultural interactions in the era of state formation*: 445-75. Santa Fe, NM: New School for Social Research.

2002. *The Incas*. Oxford, Blackwell.

D'Altroy, T. N. y T. K. Earle

1985. Staple finance, wealth finance, and storage in the Inka economy. *Current Anthropology* 26: 187-206.

D'Altroy, T. y C. Hastorf (eds.)

2001. *Empire and domestic economy*. New York, Plenum Press.

- DeMarrais, E.
1997. *Materialization, ideology, and power: The development of centralized authority among the pre-Hispanic polities of the Valle Calchaquí, Argentina*. Ann Arbor, University Microfilms.
2001. The architecture and organization of Xauxa settlements. En T. D'Altroy y C. Hastorf (eds.), *Empire and Domestic Economy*: 115-154. New York, Plenum Press.
- DeMarrais, E., L. J. Castillo y T. Earle
1996. Ideology, materialization, and power strategies. *Current Anthropology* 37: 15-85.
- Dissanayake, E.
1995. *Homo aestheticus*. Seattle, University of Washington Press.
- Dobres, M. A. y J. Robb
2000. *Agency in archaeology*. London, Routledge.
- Earle, T.
1997. *How Chiefs Come to Power*. Stanford, Stanford University Press.
- Earle, T., T. D'Altroy, C. Hastorf, C. Scott, C. Costin, G. Russell y E. Sandefur
1987. *Archaeological field research in the Upper Mantaro, Peru, 1982-83: Investigations of Inka expansion and exchange*. Los Angeles, UCLA Institute of Archaeology, Monograph XXVIII.
- Espinoza Soriano, W.
1987. *Los Incas: economía, sociedad y estado en el era de Tahuantinsuyo*, Cuzco, Amaru.
- Feinman, G. y J. Marcus
1998. *Archaic States*. Santa Fe (NM), School of American Research.
- Foucault, M.
1980. *Power/Knowledge: selected interviews and other writings*. New York, Pantheon Books.
1984. The subject and power. En B. Wallis (ed.), *Art after modernism: rethinking representation*: 417-434. Boston, The New Museum of Contemporary Art, New York, David R Godine, Inc.
- Friedrich, P.
1989. Language, ideology, and political economy. *American Anthropologist* 91: 295-312.
- Garcilaso de la Vega, I.
1989[1609]. *Royal commentaries of the Incas and general history of Peru* (H. Livermore, trans.). Austin, University of Texas Press.
- Guaman Poma de Ayala, F.
1980 [1614]. El primer nueva crónica y buen gobierno. J. Murra y R. Adorno (ed.), J. Urioste (transl.) 3 vols. México, Siglo Veintiuno. <http://www.kb.dk/elib/mss/poma/> p. 379.
- Giddens, A.
1984. *The constitution of society: Outline of the theory of structuration*. Berkeley, University of California Press.
- Hastorf, C.
2001. Agricultural production and consumption. En T. D'Altroy y C. Hastorf (eds.), *Empire and Domestic Economy*: 155-178. New York, Plenum.
- Hastorf, C. y M. DeNiro
1985. Reconstruction of prehistoric plant production and cooking practices by a new isotopic method. *Nature* 315: 489-91.

Hayashida, F.

1999. Style, technology and state production: Inka pottery manufacture in the Leche Valley. *Latin American Antiquity* 10(4): 337-352.

Hingley, R.

1997. Resistance and domination: social change in Roman Britain. En D. Mattingly (ed.), *Dialogues in Roman imperialism: power, discourse, and discrepant experience in the Roman Empire*: 81-100. *Journal of Roman Archaeology, Supplementary Series*, No. 23.

Hyslop, J.

1990. *Inka settlement planning*. Austin, University of Texas Press.

1993. Factors influencing the transmission and distribution of Inka cultural materials throughout Tawantinsuyu. En D. Rice (ed.) *Latin American Horizons*: 337-356. Washington DC, Dumbarton Oaks.

Kus, S.

1989. Sensuous human activity and the state: Towards an archaeology of bread and circuses. En D. Miller, M. Rowlands y C. Tilley (eds.), *Domination and resistance*: 140-154. London, Unwin Hyman.

Leone, M.

1984. Interpreting ideology in historical archaeology: The William Paca garden in Annapolis, Maryland. En D. Miller y C. Tilley (ed.), *Ideology, power and prehistory*: 25-36, Cambridge, Cambridge University Press.

Levillier, R.

1940. *Don Francisco de Toledo, supremo organizador del Perú, su vida, su obra (1512-1582)*. Buenos Aires, Espasa-Calpe.

Lorandi, A. M.

1992. El mestizaje interétnico en el Noroeste argentino. En H. Tomoeda y L. Millones (eds.), *500 años de mestizaje en los Andes*: 159-200. Osaka y Lima, Senri Ethnological Series, No. 33.

Luttwak, E. N.

1976. *The grand strategy of the Roman empire from the first century AD to the third*. Baltimore, Johns Hopkins University Press.

MacCormack, S.

2001. Cuzco, another Rome? En S. Alcock, T. D'Altroy, K. Morrison, y C. Sinopoli (eds.), *Empires*: 419-435. Cambridge, Cambridge University Press.

Mann, M.

1970. The social cohesion of liberal democracy. *American Sociological Review* 35(3): 423-39.

1983. Review of *Power: Its forms, bases, and uses*. *American Journal of Sociology* 88(5): 1030-2.

1986. *The sources of social power*. Cambridge, Cambridge University Press.

Marcus, J.

1992. *Ancient Mesoamerican writing systems*. Princeton, Princeton University Press.

Mattingly, D. J.

1997. Africa: a landscape of opportunity? En D. Mattingly (ed.) *Dialogues in Roman imperialism: power, discourse, and discrepant experience in the Roman Empire*: 117-142. *Journal of Roman Archaeology, Supplementary Series*, No. 23.

Mauss, M.

1990 [1950] *The Gift*. Translated by W.D. Halls. London, W.W. Norton.

- Miller, D. y C. Tilley
1984. *Ideology, power and prehistory*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Millett, M.
1990. *The romanization of Britain*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Morris, C.
1972. State settlements in Tawantinsuyu: A strategy of compulsory urbanism. En M. Leone (ed.), *Contemporary Archaeology*: 393-401. Carbondale (IL), Southern Illinois University Press.
1985. From principles of ecological complementarity to the organization and administration of Tawantinsuyu. En S. Masuda y C. Morris (eds.), *Andean ecology and civilization*: 477-90. Tokyo, University of Tokyo Press.
1993. The wealth of a native American state: value, investment, and mobilization in the Inka economy. En J. Henderson y P. Netherly (eds.), *Configurations of power*: 36-50. Ithaca, Cornell Univ. Press.
1998. Inka strategies of incorporation and governance. En G. Feinman y J. Marcus (eds.), *Archaic States*: 293-310. Santa Fe, School of American Research.
- Morris, C. y D. Thompson
1985. *Huánuco Pampa: an Inca city and its hinterland*. London, Thames and Hudson.
- Murra, J.
1980[1956]. *Economic organization of the Inca state*, Greenwich, CT, JAI Press.
- Murra, J. y C. Morris
1976. Dynastic oral tradition, administrative records, and archaeology in the Andes. *World Archaeology* 7(3): 270-77.
- Ortner, S.
1984. Theory in anthropology since the sixties. *Comparative studies in society and history* 26(1): 126-66.
- Pease, F.
1982. The formation of Tawantinsuyu: mechanisms of colonization and relationships with ethnic groups. En G. Collier, R. Rosaldo, y J. Wirth (eds.), *The Inca and Aztec states, 1400-1800: Anthropology and history*: 173-198. New York, Academic Press.
- Rappaport, R.
1971. The sacred in human evolution. *Annual Review of Ecology and Systematics* 2: 23-44.
- Rostworowski, M.
1999. *History of the Inca Realm*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Rowe, J. H.
1946. Inca culture at the time of the Spanish conquest. *Handbook of South American Indians* (Bureau of American Ethnology, Bulletin 143 Vol. 2: 183-330). Washington DC.
1982. Inca policies and institutions relating to the cultural unification of the empire. En G. Collier, R. Rosaldo, y J. Wirth (ed.), *The Inca and Aztec states, 1400-1800: Anthropology and history*: 93-118. New York, Academic Press.
- Said, E.
1993. *Culture and imperialism*. London, Vintage.
- Santillán, F. de,
1879 [1563]. *Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los Incas*. Biblioteca de Cultura Peruana, Serie 1, No. 2: 117-185. Paris, Desclée, De Brouwer.

Scott, J.

1992. *Weapons of the weak*. New Haven, CT, Yale University Press.

Slofstra, J.

1983. An anthropological approach to the study of Romanization processes. En R. Brandt y J. Slofstra (eds.), *Roman and native in the low countries*: 71-104. Oxford, BAR International Series.

Trigger, B.

1993. The state-church reconsidered. En J. Henderson y P. Netherly (eds.), *Configurations of power*: 74-111. Ithaca, Cornell University Press.

Whittaker, C. R.

1997. Imperialism and culture: the Roman initiative. En D. Mattingly (ed.), *Dialogues in Roman imperialism: power, discourse, and discrepant experience in the Roman Empire*: 143-163. Journal of Roman Archaeology, Supplementary Series No. 23.

Wilson, P.

1988. *The Domestication of the human species*. New Haven (CT), Yale University Press.

Wolf, E. R.

1999. *Envisioning power: Ideologies of dominance and crisis*. Berkeley, University of California Press.

Wrong, D.

1997[1979]. *Power: Its forms, bases and uses*. Oxford, Blackwell.

Zanker, P.

1988. *The power of images in the age of Augustus* (trans. A. Shapiro), Ann Arbor, University of Michigan.

Zuidema, R. T.

1964. *The ceque system of Cuzco*. Leiden, E. J. Brill.

1983. Hierarchy and space in Incaic social organization. *Ethnohistory* 30: 49-75.